# Inversión también es salud

**H**EMOS OÍDO HABLAR con frecuencia del plan del Fondo de inversión, en el cual dedicamos a Dios un negocio que deseamos que fructifique, la protección de nuestros equipos electrodomésticos, la gallina que no pone huevos o el árbol que no da fruto. Es maravilloso experimentar lo que el Señor puede hacer con nuestras posesiones, y hasta con nuestra salud, cuando invertimos sabiamente con el Dueño del Universo.

Sin embargo, si Dios está dispuesto a hacer negocios con nosotros en cosas materiales, que por su trascendencia son temporales, ¡cuánto más estará dispuesto a bendecirnos si lo hacemos socio en nuestras posesiones espirituales! (Malaquías 3:10; Génesis 12:1, 2). Sin querer, podemos estar limitando el poder de dios (Efesios 1:19).

Muchas veces, cuando hablamos de las "cosas espirituales" tenemos la idea de que son tan "elevadas" que llegan a ser irreales. Eso ocurre porque no hemos aprendido a vivir el cristianismo, en todo el sentido de la palabra. Nos resulta fácil invertir en las cosas materiales porque dan resultados económicos, muy necesarios, que pueden afectar nuestro bolsillo. Sin embargo, debemos estar seguros que podemos invertir también en las cosas espirituales, como nuestras energías, nuestro tiempo, nuestros dones y todas las fuerzas que pudiéramos emplear para predicar el Evangelio (2 Corintios 8:1-5; Eclesiastés 9:10. Este debería ser nuestro primer plan de inversión. Al Señor le gusta bendecirnos en las cosas materiales porque sabe que tenemos necesidad de ellas; pero mucho más le gustaría bendecirnos en las cosas espirituales (Efesios 1:3Ç). La promesa hecha en la parábola de los talentos es clara y nos dice que todos reciben, al menos, un talento. Por otro lado, la cantidad a recibir está siempre en proporción a las habilidades de cada individuo (Mateo 25:14-30).

Es nuestro deber usar todas las habilidades mentales y físicas recibidas para fortalecer el talento o los talentos que tenemos y derribar los muros que nos separan de dios. Algunos de estos muros pueden ser tan fuertes que no podremos derribarlos con nuestra propia fuerza, por lo que necesitaremos la ayuda poderosa de nuestro Hermano mayor. Por ejemplo, uno de nuestros muros puede ser la intemperancia, o sea, la falta de dominio propio cuando debemos tomar una decisión en contra de lo que nos gusta, por ser lo que más conviene a nuestra salud física o espiritual.

Hagamos cuentas: ¿cuántas veces gastamos nuestro dinero en cosas que no están planificadas, como pizzas, dulces, helados y otras golosinas? ¿No nos sucede, con frecuencia, que parece que el dinero se ha evaporado y no alcanza? ¿Hemos calculado cuánto se ahorraría si se evitaran los gastos innecesarios? Podemos estar haciendo de estas cosas nuestro "vicio", tan ciertamente como lo son el cigarrillo y el alcohol.

Debiéramos hacer una planificación que comience por un presupuesto familiar. Así podremos definir cuáles son nuestros gastos de acuerdo a nuestras necesidades reales. Prioricemos las cosas de acuerdo a los principios cristianos, como los diezmos y las ofrendas, los gastos regulares de vivienda, electricidad, agua y otros; valoremos las necesidades de comida, ropa y demás. Luego podremos distribuir una parte para lo que sea de carácter secundario, hasta cubrir toda

Recursos Escuela Sabática ©

nuestra entrada, teniendo en cuenta los ahorros y las emergencias.

El segundo paso consiste en proponernos cumplir con el presupuesto y respetarlo. No hagamos gastos emocionales, que no hayan sido programados con anterioridad. Y ahí viene la parte donde vamos a  ejercer la fuerza de voluntad, que por la fe tenemos ya de Dios. Así, cuando nos volvamos a encontrar en la situación de comprar algo, o de comer cualquier cosa fuera de lo programado, tendremos más fortaleza para evitarlo. Ese dinero también podríamos apartarlo y ponerlo en alguna alcancía o lugar donde no sea fácil sacarlo. A fin de mes nos sorprenderemos gratamente al ver cuánto hemos ahorrado. Si sumamos un mes a otro mes, al fin del año tendremos una cantidad considerable y disfrutaremos del gozo y la oportunidad de entregarlo a Dios a través de la ofrenda de inversión.

¿No sería esta una forma diferente de luchar a favor del dominio propio y contra los malos hábitos? La obra de Dios se verá beneficiada y, además, habremos vencido una de las cosas más difíciles: la intemperancia. Como consecuencia, seremos beneficiadas con mejor salud y una vida más abundante.

Ha llegado el momento de derribar los muros que nos impiden avanzar y obtener victorias sobre el enemigo. De esa manera nos prepararemos para el encuentro con el Señor con un carácter como el de Cristo. Obrando así no solo saldremos victoriosos en las cosas materiales, sin que también recibiremos bendiciones espirituales.

Hermanos, probemos a Dios. Él desea darnos la victoria (1 Corintios 15:657).

---

*Delegación Central de Cuba*